¿QUÉ DECIMOS DE NOSOTROS MISMOS?

Dadnos, Señor, luz. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos.

(*Santa Teresa de Jesús*, excl. 8).

Al despedirnos del examen del segundo grado de humildad de nuestra gran Teresa, o sea de la humildad de entendimiento, para ocuparnos del último y más perfecto, esto es, de la humildad de corazón, hagamos alto siquiera por unos momentos para preguntarnos y respondernos sinceramente a vista de tan profunda humildad: ¿Qué concepto, qué idea tenemos formada de nosotros? ¿En cuánto nos apreciamos? ¿Qué responderíamos si Jesús de Teresa, para probar nuestra humildad y obligarnos a descubrir nuestro pecho, nos enviase un billete concebido en estos términos: ¿Qué dices de ti mismo? ¿qué piensas? ¿en cuánto te estimas? Hoy es ocasión oportuna, con la mano sobre el corazón, de decir toda, toda la verdad, sin paliativos. No importa sea feo nuestro retrato, o disforme, no parecido al que nuestra imaginación enferma se ha formado. Quizás el pequeño rubor que nos causará el vernos forzados a exclamar: “Es verdad; ése soy yo,” esta confesión ingenua, digo, nos valdrá que Teresa de Jesús nos alcance la verdadera humildad, porque acto de humildad es reconocer la verdad de lo que somos.

Además, complaceremos con este examen a la Iglesia nuestra buena Madre, que nos convida en este mes a contemplar la humildad y humillaciones del buen Jesús, el cual descendió del seno del Padre al seno de una Virgen; de un trono de gloria a un vil establo; de la compañía y cortejo de los Ángeles a la de los pastores y animales, para predicarnos con el ejemplo el mérito incomparable de tan celestial virtud.

¿Qué dices de ti mismo, hermano mío? ¿En cuánto te estimas? ¿Cuánto vales?- Mucho y poco. Vales mucho, muchísimo; y vales al mismo tiempo poco, muy poco. Y por nuestra desgracia todo lo trastornamos. En lo que valemos, en esto no nos estimamos; y en las cosas que no tienen mérito real, verdadero, por ellas nos juzgamos y nos apreciamos. Examinemos nuestro proceder.

Tal veréis que por llevar un vestido rico, un aderezo de piedras preciosas, se juzga por la persona más digna de consideración y estima, y por ello se desdeña de tratar con afabilidad a sus semejantes, y anda a caza de atenciones, y se cree con derecho a que todos se postren a su paso. ¡Necio! Si alguna gloria hay y mérito en este caso no le pertenece, porque no es de su persona, sino del vestido, del sastre que bien lo formó.

Ya es otro que por considerarse rico está hinchado de orgullo; y persuadido que el oro es el dios del siglo, y que todos deben doblegarse a sus caprichos, créese superior a todos, y exige hasta de la virtud y de la conciencia justa y del alma honrada sacrificios que Dios reprueba, y condena aun el buen sentido. ¡Mentecato! ¿Ignora quizás que solo las almas viles doblan la rodilla al ídolo del becerro de oro? Obedecen todas las cosas, se rinden a la influencia del dinero, menos la conciencia cristiana que las estima en su justo valor, y exclama con la Doctora castellana¹: “Si con los dineros y codicia dellos se pudiese comprar el bien verdadero, tuviéralos en mucho; mas este bien se gana con dejarlo todo. ¿Qué es esto que se compra con estos dineros? ¿Es cosa de precio? ¿Es cosa durable? Negro descanso se procura, que tan caro cuesta. Muchas veces se procura con ellos el infierno, y se compra fuego perdurable, y pena sin fin. ¡Oh si todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho! ¡qué concertado andaría el mundo, qué sin tráfigos, con qué amistad se tratarían todos, si faltase interese de honra y dineros! Tengo para mí remediaría todo.”

No faltan quienes se creen grandes y de mucho mérito porque son alabados por la multitud, porque el aura popular hiere de continuo a sus oídos saturada de lisonjas. Y no consideran que no hay cosa más inconstante que el favor humano, ni más mudable que la voluntad del hombre que si hoy clama: Gloria, bendición y alabanza al Hijo de David, mañana grita con rabia y furor: Quita, quita de nuestros ojos al que ayer era objeto de nuestras alabanzas, y... crucifícalo. “¡Oh mundo, mundo, exclamaba con justa razón nuestra Santa, y cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan!... No sé por qué nos espantamos, cuando oigo decir, aquel me pagó mal, este otro no me quiere, yo me río entre mí. ¿Qué os ha de pagar, ni qué os ha de querer? En esto veréis quién es el mundo, que en ese mismo amor

¹ Vida, c. 20.

os da después el castigo: y eso es lo que os deshace, porque siente mucho la voluntad de que la hayáis traído embebida en juego de niños² .”

Hay muchos sobre todo en estos días de orgullo en que todos nacemos con corona de rey, todos poseemos un cacho de soberanía nacional, que son dominados del espíritu de mando: buscan dignidades y empleos par sobresalir a todos los demás, y se afanan por subir y siempre más subir, aunque por ahí no hayan de subir al cielo, para tener el placer de contemplar a todos los demás en más ínfimo lugar que el que ellos ocupan. “No querrían hacer cosa, por otra parte, que no fuese muy acepta a los hombres tanto como al Señor: gran discreción y prudencia, y es el mal, que casi sin que ellos entiendan su imperfección, siempre pregonan más el partido del mundo, que el de Dios³ .”

Estas almas por la mayor parte las lastima cualquier cosa que digan de ellas, no abrazan la cruz, sino llévanla arrastrando, y ansí las lastima, y cansa, y hace pedazos; porque si es amada, es suave de llevar, y esto es cierto.”

Y si oís sus razones, os dirán que lo hacen por un fin santo; que si no pueden llevar pacíficamente la palabra que humilla, es porque quieren muy entera su honra y buen nombre, cumpliendo la encomienda del Señor cuando nos dice: que tengamos cuidado de nuestro buen nombre, que es de más subido precio que todas las riquezas.-

Mediten los que esto dicen lo que enseña la seráfica virgen Teresa de Jesús, y confúndanse y enmiéndese. Así dice⁴: “¿Andas procurando juntarte con Dios por unión, y queremos seguir los consejos de Cristo, cargado de injurias, y testimonios, y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros, y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas.”

Hállanse por fin no pocos a quienes la hermosura, el buen parecer, el habla graciosa, la ciencia, ciertas cualidades naturales les hinchan el corazón y le entretienen con tormento, pues llenarlo ya se sabe que solo Dios puede hacerlo. Todas estas cosas, observa la magnánima Teresa de Jesús, son falsas, pues lo es el fundamento, y así no merece que pare en ellas la atención, considerándolas de mucho precio, el alma verdaderamente humilde, y por consiguiente generosa.

“¡Mas, oh Señor y Dios mío, que la costumbre en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata desto lo estraga todo! Porque está tan muerta la fe, que creemos más lo que vemos, que lo que ella nos dice. Y a la verdad no vemos sino harta mala ventura en los que se van tras estas cosas visibles; mas eso han hecho estas cosas emponzoñosas que tratamos, que como si a uno muerde una víbora, se emponzoña todo y se hincha, ansí es acá, no nos guardamos. Claro está que es menester muchas curas para sanar, y harta merced nos hace Dios, si no morimos dello⁵ .”

Por estas cosas es comúnmente por donde medimos nuestro mérito, nuestro valor y estimación. Examinemos. Preguntémonos con sinceridad: ¿qué decimos de nosotros mismos? Y habremos de confesar, mal de nuestro grado, que en estas pajitas que se lleva el viento, en estas naderías y juegos de niños fundamos nuestro mérito. Si nos juzgamos grandes, dignos de aprecio y consideración, es por creer, y a veces falsamente, que poseemos alguna de estas prendas naturales, que la mayor parte, sobre ser vanas, no están en nosotros, sino fuera de nosotros, como las riquezas, buen nombre, etc.

Y no es esto por lo que debemos estimarnos y medir nuestro valor, sino por la dignidad que nos resulta de ser hijos de Dios, partícipes de su naturaleza, y herederos de su gloria. Mas, ¡ay dolor! ¡y cuán desconocidas son del mundo, y aun de los que se precian de católicos, estas verdades fundamentales! ¡Con cuánta razón debemos exclamar al concluir estas reflexiones con las sentidas quejas de la seráfica virgen Teresa de Jesús! Den luz, Santa mía, y ablanden a alguno de mis lectores tan encendidos suspiros, nacidos del amor subido te tu corazón seráfico cuando exclamas: “¡Oh almas redimidas con la sangre de Cristo, entendeos y habed lástima de vosotras! ¡Oh hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo andaréis amando la vanidad y corriendo en pos de la mentira? ¡Oh mortales, volved, volved en vosotros! Tornad, tornad en vosotros, abrid los ojos, pedid con grandes clamores y lágrimas luz a quién la dio al mundo: entendeos por amor de Dios. ¿Qué pedimos? ¿Qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? ¡Válame Dios, oh válame Dios! ¿Qué es esto Señor? ¡oh qué lástima! ¡oh gran ceguedad! Habed piedad, Criador, destas vuestras criaturas. Mirad que

² C. De perfec., c. 41.

³ Santa Teresa de Jesús, Concep., cap. 2.

⁴ Vida, c. 31.

⁵ Santa Teresa de Jesús, Mor. 2ª

no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz; mirad que es más menester, que al ciego que lo era de su nacimiento, que este deseaba ver la luz, y no podía: ahora, Señor, no se quiere ver. ¡Oh qué mal tan incurable! Aquí, Dios mío, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia. ¡Oh qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío! Que queráis a quien no os quiere, que abráis a quien no os llama, que deis salud a quien gusta de estar enfermo y anda procurando la enfermedad. Vos decís, Señor mío, que venís a buscar los pecadores: estos, Señor, son los verdaderos pecadores: no miréis nuestra ceguedad, mi Dios, sino a la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros: resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad: mirad, Señor, que somos hechura vuestra, válganos vuestra bondad y misericordia.”

SECCIÓN HISTÓRICA.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE SAN JUAN DE LA CRUZ.

(Conclusión).

Mas el Señor, que sólo desea ser llamado y buscado de todas veras por el alma, para ser el escudo y fortaleza suya primero, y después su dulce consolador, vino en auxilio del apenado Padre, haciéndole también gustar las dulces suavidades de su amada Madre, la Virgen María, como en otras ocasiones. Ambos a dos le libraron, por una serie de maravillas que sería prolijo referir, de las tinieblas de la durísima cárcel donde le pusieron sus perseguidores, siendo restituido al convento de Descalzos de Almodóvar. Serenado el furor de la tempestad, salió de este convento a gobernar el de Calvario (soledad eremítica en Andalucía) pasando antes por el de las Religiosas de veas, donde, con su celestial trato, dejó a aquellas inflamadas en el amor de Dios; de allí pasó a fundar el Colegio de Baeza, y de éste a gobernar el de Granada, del cual por segunda vez fue Prior, después de haberse hallado en los Capítulos de Almodóvar. Asistiendo al Capítulo general que se celebró en Madrid, fue el P. Juan nombrado Definidor primero, gobernando al mismo tiempo el convento que entonces se había fundado en Segovia. De suerte que en todo este tiempo fundó, además de los conventos de Duruelo y Macera, los de Baeza, Córdoba, Mancha de Jaén, Caravaca y Segovia, que son de Religiosos; y los de Religiosas de Granada, Málaga, Sabiote, Córdoba y Madrid, en cuyas fundaciones hizo resplandecer el subido espíritu que animaba al P. Juan, dejando en todos acabados ejemplos de las más esclarecidas virtudes.

Como quiera que las ansias de padecer agitasen por inexplicable manera el corazón de nuestro endiosado Padre, hubo de pedirle al Señor tres cosas, a saber: la primera, trabajos; la segunda, que no muriese Prelado; y la tercera, que muriese abatido. Por manera, que estando el devotísimo siervo orando en el convento de Segovia, delante de una imagen de Cristo con la cruz a cuestas, muy lastimosa, el mismo Señor, por medio de la imagen, le habló diciendo: “Fray Juan, ¿qué quieres por los servicios que me has hecho?” A lo cual respondió: “Señor, padecer y ser menospreciado por Vos.” ¡Rarísima y heroica petición!

Terribles fueron en verdad las pruebas que para lo último le tenía el Señor reservadas, y tanto más sentidas fueron ellas por su tierna y amorosa alma, cuanto fueron sus mismos hijos, a quien él había grandemente favorecido, los causadores de sus penas y amargas. Pero ni aun en ellas fue el devotísimo siervo abandonado del señor, que se compadeció en abatir y castigar con harta justicia, aun es esta vida, al que con sus malas y dañinas artes hubiese hecho peligrar otra virtud menos sólida que la del virtuosísimo P. Juan de la Cruz.

Ya por este tiempo fue cuando el venerable padre se recogió a un solitario convento de Andalucía, llamado la Peñuela, a fin de dedicarse de lleno y sin ninguna otra atención a los ejercicios de la oración y penitencia. ¿Quién podrá contar las heroicas virtudes que practicó en esta soledad? ¡Qué indomable firmeza la de su fe! ¡Cuán segura y confiada su esperanza! de la cual solía decir a menudo: ¡Oh esperanza del cielo que tanto alcanzas cuanto esperas! Su rostro, bañado en resplandor del cielo, publicaba el fuego de la caridad que abrasaba su alma. De ahí sus vehementes ansias de padecer por Jesucristo; el deseo del martirio tantas veces apetecido; los raptos tan continuos de su altísima contemplación; el amor a los que le perseguían; sus rigurosas penitencias; el espíritu soberano que le alentaba y que se mira

relampaguear en las páginas de sus libros, bañadas todas ellas en los raudales de amorosa ternura que saltaban de su pecho.

Profundísima era su humildad, comprobada harto por la desnudez y pobreza suma de quien siempre anduvo rodeado. Tan bajo era el concepto que de sí mismo tenía formado, que no podía oír ningún elogio dirigido a su persona, buscando manera de ser despreciado. En cierta ocasión, como viese un religioso al P. Juan tan inclinado a tratar de las cosas del campo, sin duda para excusar otras pláticas menos inocentes, díjole que parecía ser hijo de algún labrador. A lo cual respondió el siervo de Dios:- Aun no soy tanto como eso, sino hijo de un pobre tejedorcito." Otra vez, un compañero de nuestro santo, sin duda para honrarle delante de mucha gente, dijo de él que había sido Prior en cierto convento.- También en este fui cocinero," contestó el P. Juan, dejando edificados a todos.

Su castidad y pureza eran angélicas: Jamás sintió los hervorosos impulsos de la carne. Y no sólo eso, sino que a los que con él trataban, les infundía esta hermosa virtud. Más aún: cualquiera cosa que él hubiera tocado, hasta su memoria, el acordarse de él bastaba para preservar las almas del vicio de la impureza, como sucedió en varias ocasiones que se nos refieren en su vida.

¡Su mortificación! Nunca acabaríamos si hubiésemos de contar por menudo las numerosas maneras de mortificación que usaba para mejor quebrantar su cuerpo y abreviar su espíritu en la copa del absintio y amargura. "¿Qué sabe quien no sabe padecer por Cristo? solía decir: de trabajos cuanto más mejor."

En el año 1591 le envió el Señor una enfermedad penosísima, que fue la última. Enfermó de unas calenturas en el convento de la Peñuela, y éste estaba en desierto, fue forzoso trasladarle a otro, que fue el de Úbeda, escogido por el P. Juan, por no ser allí conocido y no ser tan estimado como en otras partes. Sucedió que viéndole por el camino con mortal hastío, sus compañeros le obligaron a decir qué es lo que comería. Respondió, que unos espárragos. Como era a fines de septiembre y no había entonces espárragos, se lastimaron no poco los Religiosos, no pudiendo darle gusto. Más he aquí que al llegar al río Guadalimar, al detenerse para descansar un poco, aciertan a ver colocados sobre una piedra, dentro de las aguas del río un manojo atado de espárragos muy frescos y lindos, con que quiso el Señor dar gusto a su siervo. Por disimular el favor, dijo el bendito Padre que alguien se los habría dejado olvidados, mandando poner sobre la piedra el precio de ellos. Llegado a Úbeda se le acrecentaron las calenturas con una horrorosa llaga que se le abrió en el pie derecho. Qué dolores tan acerbos tuvo que sufrir al curársela los médicos! Pero ¡qué maravilloso esfuerzo, qué heroica fortaleza que pasmaban a todo el mundo!

Nada hemos visto tan edificante como la última enfermedad de nuestro Santo, por los finísimos quilates que en todas las virtudes nos descubre. Pero nada más tierno y conmovedor también que sus últimos momentos. Las amorosas ansias que tenía de unirse con su Amado le hacían exclamar: *Incolatus meus prolongatus est*. "¿Aún me falta tanto que estar en esta vida?" Después de recibir con el mayor fervor los Santos sacramentos, y teniendo sin cesar amorosísimos coloquios con su amadísimo Jesús, como oyese tocar una campana, preguntó a qué tocaban. Dijéronle que a Maitines. "Y yo también (contesto) por la bondad de mi Dios, los iré a decir con la Virgen al cielo. Enternecido luego con la dulce memoria de la Virgen María, exclamó: "Gracias os doy infinitas, Reina y Señora mía, por este favor que me hacéis en querer salga de esta vida en vuestro día sábado" Rodeado después de los Religiosos y repitiendo algunos versos de los salmos y del libro de los cantares, fue elevado en oración con un libro en las manos. La cual habiendo cesado, y componiendo él mismo su cuerpo, regalándose con Jesús cuya imagen tenía en las manos, circundado de una aureola de suavísimo resplandor, y tocadas que fueron las doce de la noche, después de haber pasado amorosamente la mirada por todos sus compañeros y besado el Crucifijo, entregó su espíritu al Señor, diciendo estas palabras: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu." Era el día 14 de diciembre del año 1591, siendo de edad de 49 años, y habiendo empleado los últimos 23 en la Descalcez de su Reforma.

Los libros que nos ha dejado escritos están llenos de celestial sabiduría, envuelta en formas las más dulces y atractivas para las almas. Aún los sabios y literatos encuentran en sus libros bellezas de primer orden, y se pasman de que un espíritu tan mortificado brotase flores tan exquisitas; que de su corazón rebosaran frases tan ricas de ternura, conceptos en tanta manera finos y delicados, y que tal exhuberancia de encantadoras imágenes y tal lujo de escogida dicción tuviesen por origen la castigada fantasía de un demacrado eremita y voluntario habitador de los desiertos. ¡Como si Dios no fuese el perenne manantial de todo lo

grande, hermoso y delicado, que se complace en comunicarse de lleno a las almas que, como la del P. Juan de la Cruz, le aman con fino, con verdadero amor! – J.A.

EL CARMELO.

I.

Como prólogo a la serie de artículos que prometimos publicar dando a conocer a nuestros lectores las glorias del Carmelo, describiremos en el presente aquella montaña santa, espaciosa morada del primer carmelita, el gran profeta Elías, teniendo a la vista las descripciones hechas por piadosos y eruditos peregrinos, que han visitado detenidamente aquel lugar de misteriosos sucesos.

El nombre de *Carmelo*, según unos, quiere decir jardín, plantación, viña del Señor; y en este sentido el Carmelo fue un verdadero jardín de flores místicas de la más exquisita virtud, que regado con las saludables aguas de la gracia y fertilizado con el suave rocío de celestiales favores en él se recreaba el Señor respirando aquel aroma de sublime santidad, que la malicia de los hombres había hecho desaparecer de todas las demás partes de la tierra.

Otros dan al nombre de *Carmelo*, las misteriosas significaciones de *ciencia de circuncisión* y de *cordero circuncidado*; y con mucha exactitud se aplican ambas a aquella montaña, porque la doctrina de la circuncisión espiritual, que en el Carmelo se profesaba por los hijos de los profetas, era ordenada a recibir y a seguir al Cordero circuncidado, y porque en el Carmelo se dio principio y se practicó con verdadera perfección aquella angélica y hermosa virtud de la castidad misteriosamente representada en la Circuncisión.

La sagrada Escritura nos describe dos montes Carmelos; uno llamado el Carmelo de Judá por su situación en las montañas pertenecientes a esta tribu, y el otro el Carmelo de Elías, llamado por Josué Carmelo del mar, porque está a la orilla de las aguas mediterráneas.

El primero se encuentra, como hemos dicho, en las montañas de la tribu de Judá, al Sur de Jerusalén, entre el mar Muerto y la ciudad de Hebrón. En él levantó Saúl victoriosos trofeos a su vanidad insensata, después de vencer y derrotar a los amalecitas, llevándose prisionero a su Rey y conservando los mejores despojos de que se apoderó, contra el mandato expreso del Señor que le obligaba a pasar a cuchillo a todo aquel ejército sin perdonar a nadie absolutamente, y a destruir completamente todo cuanto llevaba ⁶.

En él moraba Nabal, hombre riquísimo, pero necio, que se atrevió a insultar a David fugitivo y a negarle los víveres que le pedían en su nombre diez mozos que le había enviado; insulto grosero y avaricia refinada, que David se propuso vengar castigando terriblemente a Nabal y su familia; pero que al fin perdonó mirando la profunda humildad de la hermosa Abigail, mujer de Nabal, y escuchando sus súplicas después de proveerle con generosidad suma de todo cuanto necesitaba ⁷.

El otro monte Carmelo es el del santo profeta Elías, célebre por sus maravillas y de donde toma su origen la religión Carmelitana.

Ensayemos describirlo breve y sencillamente.

II.

Ocupa el Carmelo una brillantísima situación entre la Judea y la Siria, o lo que es lo mismo, entre la Fenicia y la Palestina. Las encrespadas olas del Mediterráneo azotan sin piedad por la parte de Occidente la indestructible base del Carmelo, entre las ciudades de Dor y San Juan de Acre. El vértice de un ángulo agudo, cuya figura es la del monte, penetra dentro las aguas, y es como un faro elevado que se distingue de lejos, advirtiendo constantemente al marinero el peligro de naufragar en aquel golfo, conocido por el de Caifa, tan imponente en los meses invernales.

⁶ I Reg. XV.

⁷ I Reg. XXV.

Un hermoso y brillante sol se levanta de su cuna esparciendo sus primeros rayos por entre las empinadas crestas de las montañas Galaditas, que distan del Carmelo más de doce leguas.

Por su aquilón se esparce una bellísima campiña que un día la hermoseaba multitud de pueblos y ciudades, y sobre estas llanuras se levantan, unos en pos de otros, los montes de la Galilea y los del Ante-Líbano.

Por el Mediodía mira bajo sus plantas los montes fenicios, entre los cuales está el que llaman Caino, cuyo nombre se debe a la tradición de que allí vivió Caín y en donde murió por manos de Lamech.

Los geógrafos colocan el Carmelo entre los 32º y 33º de latitud, o sea apartado del Ecuador, y a los 57º de longitud con referencia al meridiano de San Fernando.

Según cálculo aproximado, cuenta en toda su circunferencia sesenta millas, o sea veintitrés leguas, y sobre cinco horas de longitud, que es de Norte a Sur.

Los demás montes de una altura considerable que le rodean, se humillan y se hacen pequeños contemplados desde la cumbre del Carmelo, como se humillan y se empequeñecen los más grandes edificios al lado de una majestuosa torre de excesiva elevación.

Con mucha propiedad comparó el esposo en su libro de los cantares la majestad y grandeza de la cabeza de su esposa sobre los demás miembros de su cuerpo a la majestad y grandeza del Carmelo sobre los montes que están a su vista.

Aquellos hermosos y profundos valles, donde el ardoroso sol de verano penetra por respeto a las innumerables colinas que los forman, aquellos colosales peñascos que parece amenazan desplomarse sobre quien se atreve a mirarlos, la espesura de sus bosques, la multitud de sus arbustos siempre verdes y alegres con la perpetuidad de su lozana vida, la fragancia de sus flores, la variedad de plantas, y la agradable frescura que allí se respira, forman el conjunto más bello y delicioso para el piadoso peregrino, que al contemplarlo siente como se levantan sin esfuerzo en su corazón los sentimientos más puros y nobles de respeto y de gratitud hacia aquel que en su omnipotencia infinita formara tan grande maravilla.

Su suelo, regado con las aguas de cristalinas y misteriosas fuentes es fértil, y su temperatura agradable; y merced a la poderosa influencia de las aguas del Mediterráneo no se siente allí el excesivo calor del verano ni el helado frío del invierno.

La mano destructora del tiempo acompañada de una lamentable incuria de sus moradores, y principalmente las consecuencias horribles de sangrientas y continuadas guerras, apenas nos han dejado un triste recuerdo de la pasada existencia de una multitud de ciudades que hacían más agradable la vista del Carmelo. Hoy es un verdadero desierto, donde viven sin ser molestados el tigre, el lobo y la pantera, y toda clase de animales selváticos, sin que la presencia de ocho o nueve pueblos de escasa importancia, que aún le quedan, habitados por musulmanes, drusos, árabes, cismáticos y católicos haya podido ahuyentarlos de aquella dilatada mansión.

Los cánticos del mirlo, de la tórtola y del solitario llenan aquel silencioso desierto, y el suave silbido de la refrescante brisa hiere aquellos aires puros y tranquilos, levantándose de vez en cuando de entre los valles muy escabrosos el rugido espantoso de sus fieros moradores.

Para todos hay allí lugar, pues el Carmelo es extensísimo, y todo convida a la meditación profunda del poder y de la grandeza de Dios.

El santo profeta Elías no podía escoger un lugar más a propósito para el objeto de su santo instituto, en donde se debía enseñar y practicar la disciplina profética y la vida monástica. Oigamos lo que dice del Carmelo el Jerosolimitano al encarecer las naturales condiciones que ofrece este monte para la vida contemplativa: "Pues, este monte, dice, con su soledad da silencio y quietud: con sus cavernas, suficiente habitación; de sus bosques recibe apacibilidad; de sus eminencias aire saludable; de sus hierbas y frutos alimento en abundancia; y de sus fuentes de agua viva bebida regalada⁸."

Sobre el promontorio septentrional del Carmelo se halla situado un espacioso y bien fabricado convento, que lo habitan varios Religiosos descalzos de la Orden, y en el centro de este mismo edificio se levanta dedicada a la santísima Virgen una hermosa y elegante iglesia, en la que se venera la misteriosa cueva que habitó el santo Profeta; y según la tradición piadosa, sobre esta cumbre se colocó aquella nubecilla que fue el consuelo de Israel y en la que vio simbolizadas el profeta Elías las grandezas y prerrogativas de María Inmaculada, Madre del futuro Mesías.

⁸ Jerosol. XLIV

En este mismo lugar había construido Elías una capilla o sinagoga a la memoria y en honra de la Virgen Madre, nueve siglos antes de su nacimiento, cuya sinagoga fue convertida por los hijos del Carmelo al principio del cristianismo en templo del señor, siendo dedicado a su santísima Madre.

Más tarde, en el siglo IV, sobre sus antiguos fundamentos la reedificó la emperatriz santa Elena, y en el año 889 la hermoseó el emperador Basilio.

Los sarracenos destruyeron por completo la capilla y el convento en 1290, y fue necesario dejar transcurrir cerca de 500 años de tiranía y despotismo turco para que al fin se permitiese su nueva edificación, que principió en 1767.

El Bajá de Tolemaida, o sea, de la ciudad de San Juan de Acre, en 182221 mandó derribar este templo y este convento carmelitano, a pretexto de que este monumento del Carmelo era un verdadero castillo, desde el cual se podía batir y destruir aquel puerto y plaza fuerte.

Pero el Gobierno otomano, que comprendió la falsedad de lo expuesto por aquel Bajá, ordenó que a expensas suyas se levantase otra vez y en el mismo sitio aquel suntuoso edificio, devolviendo a los Padres Carmelitas todos aquellos derechos que por el mismo Bajá les habían sido arrebatados.

En el año 1827 se dio principio a la obra, no a expensas del Bajá, y como se había dispuesto, sino con limosnas de los fieles europeos, y se concluyó pocos años atrás.

En este grande convento reciben benévola hospitalidad el piadoso y católico peregrino que acude al Carmelo para admirar y venerar aquellos lugares de extraordinarios milagros, y el turco y el hebreo que van allá con el objeto de hacer ridículos sacrificios al grande san Elías y contemplar todo cuanto de maravilloso tiene el Carmelo.

La cueva de la escuela profética es otro de los santuarios del Carmelo. En ella se reunían los hijos de los profetas para explicar los libros sagrados. Hoy es una mezquita mahometana, pero los religiosos del convento tienen el derecho de visitarla cuando quieran, sin que se lo impida nunca el santón de Mahoma.

Sobre una de las colinas meridionales se venera aquel lugar en donde Elías ofreció al Señor aquel misterioso sacrificio, sobre el cual hizo bajar fuego del cielo para confundir a los falsos profetas de Baal, y adonde subió el Santo para hacer profunda oración, después de haber quitado la vida en el torrente Cisón a estos falsos profetas. A costa de muchos sacrificios se ha podido construir allí no hace mucho tiempo, una pequeña capilla, en la cual se celebra el santo sacrificio de la Misa, en sustitución de aquella iglesia y convento levantados por los antiguos Carmelitas, y de los que se conserva hoy solamente un tradicional recuerdo.

La célebre fuente del profeta Elías, situada a la mitad de la pendiente del monte en dirección al convento, continúa manando sus puras y saludables aguas, y se conserva en su primitivo y natural estado.

En todas partes se encuentran cavernas que tienen una ventana, lecho y mesita hechos de la misma roca, en las que habitaban los hijos de Elías dedicados a la oración y a la penitencia más austera.

Los restos que se descubren de antiguos santuarios, a quiénes la crueldad de la persecución no quiso respetar, son un monumento perenne de una multitud de glorias carmelitanas.

He aquí una sucinta y sencilla descripción de aquella montaña santa, a la que el Señor constituyó teatro de los más estupendos prodigios.

Con el favor de Dios tendremos ocasión de tratar y admirar esas glorias Carmelitanas en los números siguientes.- **P.**

SANTA TERESA DE JESÚS TIENE GRAN PODER SOBRE LOS DEMONIOS.

Desde la venida de Jesucristo, nuestro Redentor y Fundador de la religión católica, vemos que el demonio está sujeto a la potestad que Dios concedió a la Iglesia; por eso vemos que ésta ha compuesto oraciones, exorcismos y otras preces con las que la virtud del demonio sobre las criaturas ha quedado destruida. Si abrimos la sagrada Escritura, encontraremos que Jesucristo echó muchas veces los demonios de los cuerpos, los ahuyentó cuando le tentaron;

y de tal manera los tenía sujetos a su imperio, que nunca se vio un caso en que no manifestasen desagrado de la presencia del salvador. Vemos también que Dios comunicó a muchos Santos este poder, entre los cuales encontramos a santa Teresa de Jesús, de la cual blasfemaban los demonios que poseían algunos cuerpos, llamándola: *Ahumadilla*, *Salseira* y otras cosas, con lo que se explica la rabia que tenían contra nuestra Santa. Para que todos los cristianos y especialmente los devotos de santa Teresa de Jesús tengan fortaleza en las tentaciones y hallen un medio eficaz para resistirlas, y al mismo tiempo puedan aprovecharse más en la virtud, vamos a referir sucintamente algunos hechos que nos manifiestan el poder de santa teresa sobre el infierno.

Refiere el P. Francisco Ribera que Hernando de Trejo, natural de Sevilla y muy siervo de Dios, ejercitándose en las obras de piedad y virtud, era muy perseguido de los demonios, hasta aparecérselo visiblemente algunas veces. Estando una vez muy atormentado, porque hacía muchos días que le molestaban y no le dejaban sosegar, fue a tomar una estampa de la Virgen santísima (arma fortísima que vence a todo el infierno) para oponerla y mostrarla a los demonios, esperando que con esto huirían: y por equivocación tomó una de santa Teresa de Jesús, y sin ver lo que era, opúsola contra los demonios que con voces lo atormentaban. Apenas les mostró la imagen de la Santa, huyeron precipitadamente dando aullidos; y el devoto quedó libre de las molestias exteriores y congojas interiores que tenía, y contaba a todos esta maravilla con tiernísima devoción.

En un pueblo de la ciudad de Ávila, llamado Cardeñosa, había una mujer energúmena: Procuró con toda devoción un sacerdote decirle los exorcismos y hacer otros remedios que manda la Iglesia, y no habiendo salido el demonio, dióla a venerar un pedazo de carne de santa teresa, y salió enseguida dando grandes voces, como si le metieran en un nuevo infierno.

Molestaba en un lugar de Medina del Campo el demonio a un joven, y aunque el Cura procuraba exorcizarle, se resistía. Movidos de la opinión de santidad que tenía la venerable Elvira del Nacimiento, Carmelita descalza de Medina del campo, determinaron llevar al endemoniado al convento, para que bendiciéndolo la sierva de Dios, se viese libre de aquel tormento. Mucho repugnó el demonio esta diligencia, temiendo lo que le iba a suceder. Logróse al fin llevarlo ante esta sierva de Dios, y cuando lo vio en el locutorio, dirigió la palabra al joven, aconsejándole que llevase que llevase una vida cristiana y virtuosa. Trájele después un poco de agua en que había entrado una reliquia de santa Teresa, y obligándole los que le acompañaban la bebió, y rogando por él la sierva de Dios, huyó el demonio, demostrando sensiblemente el pesar de abandonar un cuerpo que tanto tiempo había poseído.

La venerable sor Josefa María de santa Inés, Agustina descalza del Convento de la Concepción de Beniganim en Valencia, fue muy devota de santa Teresa de Jesús. Fue cierto día a un estanque que hay en el convento para lavar, y tardaba tanto en volver, que extrañaron las religiosas su detención; y pasado algún tiempo la vieron venir toda mojada: y fue el caso que, estando lavando, la arrojó el demonio dentro del agua, intentando ahogarla; pero apareciendo allí Cristo nuestro Señor, acompañado de santa Teresa de Jesús y de su santo Ángel de la guarda, la sacaron libre de aquel peligro.

Otros muchos ejemplos pudiéramos citar que manifiestan el gran poder que santa Teresa de Jesús tenía sobre los demonios; pero no es nuestro intento escribir una obra sobre este asunto, sino referir algunos ejemplos, para que los devotos de santa Teresa pongan su confianza en ella, y así venzan las tentaciones.- L.

UNA CORRECCIÓN ANGELICAL.

“Madre mía, no diga santa Teresa, sino santa Teresa de Jesús.”

Así decía una niña de seis años a su cristiana madre al oírla repetir a menudo el nombre de santa Teresa de Jesús. Imitadora de aquella anciana netamente española, lectores queridos, de que os hablé en otra ocasión⁹, en todas sus penas y tribulaciones, cuando sufría algún contratiempo exclamaba esta buena madre: ¡Válgame santa Teresa! Mas la niña replicábale luego: No lo dice bien; diga santa Teresa de Jesús, porque la Santa no estará contenta si solamente la llama Teresa.

⁹ Revista, año próximo pasado, pág. 126.

- Pero, hija mía, ya la llamo Santa, y con esto ¿no la honro bastante para que se contente Teresa?

- No, madre mía, replicaba la niña; diga santa Teresa de Jesús.

Yo, que oía este diálogo, lector mío, pregunté con interés a la niña la razón de su reparo, para tener la satisfacción de oírla de aquellos labios inocentes de los que el Señor sabe sacar alabanza perfecta, y comunicártela.

Díjome, pues, con infantil candor: Es que santa Teresa es toda de Jesús, así como yo soy toda de mi madre; y Jesús es todo de Teresa, así como mi madre es mía.

- Bien, pero Jesús es de todos y no sólo de Teresa. Tú misma le dices todos los días: Jesús mío, dame un corazón como el tuyo. Si, pues, Jesús es tuyo, ya no es de Teresa.

- ¡Oh! sí, es verdad, pero no es mío como lo es de Teresa, porque Teresa dicen que fue siempre buena, y chiquita ya buscaba irse a tierra de moros para morir por amor de Jesús, y, grande, grande no cometió jamás pecados gordos. Yo soy mala, y mis rarezas no son de Jesús, porque Jesús no las ama; y mis desobediencias y rabietas no son tampoco de Jesús porque Jesús era obediente y sufrido, manso de corazón. No soy, pues, toda de Jesús, y así Jesús no es todo mío.

- Pero ¿quieres ser toda de Jesús? ¿No es verdad, hija mía, repuso la madre?

- Sí, madre mía, y por esto soy devota de santa Teresa de Jesús, y le rezo cada día un *Padre nuestro*, y le pido que me dé un corazón como el suyo, para ser toda, todita de Jesús.

Y decía este ángel con un acento y convicción tan profunda: ser *toda, todita* de Jesús, que nos hizo reír de alegría y llorar de confusión al ver cuán enamorada estaba de Teresa de Jesús, que es la gracia principal que la dichosa Santa alcanza a sus devotos.

¡Cuántos tendremos que aprender de este ángel el modo de pronunciar el de santa Teresa! y de amar, no secamente a Teresa, sino a Teresa de Jesús! No llevará a mal que quitéis a Teresa el epíteto glorioso de Santa, con tal que la llaméis de Jesús; pero no puede poner a paciencia ni su Jesús ni su Teresa que al pronunciarla – como sucede por desgracia con frecuencia, - digáis meramente: santa Teresa. Decid siempre, pues, lectores queridos, al pronunciar este nombre suavísimo: Teresa de Jesús, no sea caso os recuerde oportunamente un Ángel del cielo que no pronunciáis bien este nombre santo, y por ello no gustáis las celestiales dulzuras que a él están inseparablemente unidas.- **C.**

LOS CAMPOS OBSEQUIANDO A SANTA TERESA DE JESÚS.

Un muy amigo nuestro nos ha escrito, desde la aldea donde accidentalmente reside, una carta llena de curiosos y minuciosos detalles relativos a las fiestas con que en aquellos campos se ha obsequiado a santa Teresa de Jesús, y que nosotros debemos dar a conocer a nuestros lectores. Como quiera que su lectura nos ha hecho no poca gracia por el color y cierto desenfado con que está escrita, no nos atrevemos a mutilarla aunque sea larga, advirtiendo solo a nuestros lectores que no tomen en cuenta las cariñosas palabras del amigo. La carta dice así:

Rdo. Sr. D. Enrique de Ossó, Pbro.

Mi muy querido amigo: No recuerdo bien si le escribí a V. que, hace ya algún tiempo me trasladé con toda mi familia a esta aldea, donde, tanto yo como mi señora madre y hermanitas, lo pasamos todo lo menos mal que puede desearse en estos miserables tiempos. La *Revista de Santa Teresa* que V. escribe y que nos mandan desde Barcelona, hace que le recordemos a V. más a menudo, pero no puede consolarnos de la escasez de sus cartas. Al leer en familia, durante la velada, aquellas páginas de nuestro buen amigo, cuya lectura se disputan, sobre todos, Josefa y Teresina, nos formamos la dulce ilusión de departir con él y sabe Dios el placer que eso solo nos proporciona.

Ayer, día de santa Teresa, pensamos todos mucho en V., y todos me encargaron le escribiese a V. el delicioso motivo de esos recuerdos. Voy a cumplir, pues, el encargo. El cura de aquí, que es un joven simpático, de corazón y exquisito gusto, anunció el domingo pasado desde el púlpito, que el día de la fiesta de santa Teresa habría gran solemnidad en la parro-

quia, de acuerdo con las autoridades de la población, encargando a todos los fieles la asistencia para honrar a nuestra esclarecida Patrona. Todos acogieron con placer la idea, pero Teresina ¡oh!... Teresina estaba loca de alegría. Creo que con otras amiguitas suyas fue invitada por el señor cura para adornar el altar, la víspera de la fiesta, pues todo el día la vi muy atareada, buscando y arreglando luces, tapices, lazos y flores, y prendiendo de veinticinco alfileres, en la iglesia, la mediana escultura de santa Teresa, que desee un altar lateral fue trasladada al principal. Figúrese V. ahora el alegrón de Teresina.

El mismo día hubo repique general de campanas que comenzó ya a regocijar el vecindario, y no eran aún las cinco de la tarde, cuando entraban la gaita y tamboril, precedidos de una turba magna de chiquillos que, al salir de la escuela, fueron a esperarles. Esto acabó de poner en conmoción a todo el vecindario, retozando en grande los muchachos, asomándose a sus ventanas las vecinas, para comunicarse su regocijo.

Mis hermanas, como supondrá V., no salieron de casa, pero hicimos también nuestra *soirée*, cantando al piano y bromeando, no tanto como yo quise, pues mis hermanitas quisieron recogerse pronto. (No lo diga V. a nadie; querían madrugar para confesarse).

A la mañana siguiente, cuando conocí que ellas ya se habían ido, me levanté, aprovechando el tiempo que estaban fuera para prepararles, sobre todo a Teresina, una gran sorpresa, de esas que hacen sonreír de vivo gozo y vienen a estremecer con bienhechora dulzura el corazón. En el retirado cuartito donde tienen ellas su reclinatorio, sus libros piadosos y la sencilla decoración a guisa de altarcito, allí en lugar preferente coloqué yo una hermosa estampa de santa Teresa, la sombreé con un gracioso doselete de seda con borlitas de papel dorado, rodeándola de un festoncito de violetas blancas, todo lo cual, créame V., formaba una preciosa monería. Coloqué después sobre la mesa del pequeño altar un ejemplar de *El espíritu de santa Teresa* elegantemente empastado, sobre cuya oscura cubierta hice imprimir con dorados y brillantes caracteres esta sencilla dedicatoria: -A Teresina en el día de su Santo,- Rafael.

Radiantes de felicidad, tan serena y pura como la que llena las profundidades de las almas piadosas, vi llegar a casa a mis hermanitas, cuando salieron de la Comunión. Yo atisbaba los movimientos de Teresina, a fin de sorprender sus emociones cuando entrase en el cuartito. ¡Oh! quisiera que V. la hubiese visto, para mejor apreciar la vivísima, la íntima satisfacción que ella, tan expansiva de sí, no trataba de ocultar. Con el dorado libro en las manos, la hubiera V. visto subirse a una silla, para mejor contemplar la imagen de su querida Patrona, darle mil besos, decirle más inocentes requiebros, y, al volver los ojos hacia mí que hubo de notarme, exclamar sonriendo porque ya la dicha no le cabía en el corazón: -Vamos, Rafael, hoy has estado oportuno y feliz.

Díjome Teresina que a la Comunión general no faltó ninguna muchacha del pueblo, que hubo bastantes hombres, que la plática preparatoria del señor cura la enterneció mucho, que hubo motetes cantados a voces, y, en fin, que ni en la gloria.

Como casi todos los vecinos, me fui yo también a la misa mayor, y -quiero decirle a V. la verdad- el altar mayor estaba agradablemente transformado. Decorado por sencillos y graciosos tapices, guirnaldas de flores, luces y más luces, y sobre todo, por la escultura de santa Teresa, si no de gran mérito, ataviada y embellecida casi demasiado, el altar hacía un bonito efecto, soberbio para estas buenas gentes, cuya fe sola embellece y esmalta las desnudas y toscas paredes. Aún no había entrado en la iglesia, cuando oigo sonar la gaita y tamboril que acuden a la solemnidad, ¿pero cómo? guiando dos hileras de muchachas muy garridamente vestidas con antiguos y floridos faldellines de seda, largos pendientes de oro en las orejas y llevando blancos canastillos en la cabeza, tapados con las mas finas servilletas de estas hacendosas lugareñas. Dentro de estos canastillos ha de saber V. que traen tortas, que bendice el sacerdote antes de la misa, y que los hermanos o novios de las muchachas reparten a todos los asistentes en menudos pedacitos, antes de salir de la iglesia. Me tocó también a mí su pedacito, que -lo diré también- me comí con mucho gusto por participar de tan sencillas como tiernas costumbres, que parecen recordar las interesantes escenas de los Patriarcas y tal sabor bíblico tienen. Es verdad que ni recordarían esas escenas, ni tal sabor gustarían los avisados rapazuelos que junto a mí tenía, cuando les vi saborear los pedazos de torta, después de haber sabido encontrar manera de hacerle los honores repetidas veces.

El señor Cura estuvo elocuente como nunca en el panegírico de la Santa. Se conoció que lo hizo a gusto. Así se lo dije yo al salir, y al hacer y al hacer alto en su casa-abadía. Desde allí miramos después la corrida de mozos que tuvo lugar enseguida. El alguacil sostenía una lanza, de cuya punta pendían entre fastuosos pañuelos de seda, una porción de conejos, que no paraban de dar saltos y que iban a ser adjudicados al vencedor. Pero he aquí que suenan la

gaita y tamboril, y allá van, rápidos como disparadas saetas media docena de mozos pedilargos, que se han metido en la cabeza comer conejo aquella tarde.- Aunque me hubieran dado cien duros, no tendría más alegría que por ganar estos conejos de santa Teresa; -dijo el criado de casa, que ganó el primer premio.- Conque apunte V.: tenemos tortas de santa Teresa y conejos de santa Teresa. Que me dé V. algo por el hallazgo.

(Se concluirá)

VILLANCICOS AL NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS.

JESÚS Y UN PASTOR.

¿Por qué entre el heno reclinas
Niño, tus carnes divinas
Y no en cama de riqueza?
-Soy muy niño, y mis ternezas
No sufren cama de espinas.
-¿Mi culpa no te obligó
A espinas duras por mí?
- A espinas de muerte sí.
Pero de riquezas no.
- ¿Luego tus carnes divinas
Por eso en heno reclinas,
Y no en cama de riquezas?
- Sí, que no son mis ternezas
Para entre cama de espinas.
- Una cama regalada,
Dime, ¿qué rey no la tiene?
-Soy semilla, y no conviene
Ser entre espinas sembrada.
-Gocen tus carnes divinas
De seda cama y cortinas;
Deja el heno y sus bajezas.
-Soy muy niño, y mis ternezas
No sufren cama de espinas.
-Porque vida eterna cobre,
El alma te doy por lecho.
-Habrán espinas en tu pecho
Si de espíritu no es pobre.
-¿Tanto a ser pobre te inclinas,
Que el alma en quien te reclinas
Punza si piensa en riquezas?
-Sí, punza; que mis ternezas
No sufren cama de espinas.

LA VIRGEN Y UN PASTOR.

Al Niño que está en el heno,
Virgen, ¿por qué no acalláis?
-Llora porque no le dais
Lo que tenéis en el seno.
-Virgen, decid por mi vida,
¿Con qué le puedo acallar?
-Para no verle llorar
Dadle el corazón que os pida.
-¿Pensáis que tengo algo bueno?
Vedme el seno si gustáis.
El callará si le dais

Lo que tenéis en el seno.
-¿Las lágrimas que despiden
Del pecho no enfrenará?
-Un punto no callará
Si no le dan lo que pide.
-Pues le arrojaré entre el heno
El corazón, si gustáis.
-El callará si le dais
Lo que tenéis en el seno.

(Romancero sagrado)

SANTA TERESA DE JESÚS AGRADECIDA.

Relación de los prodigios obrados durante la guerra de los franceses por la intercesión de santa Teresa de Jesús en el convento y villa de Alba de Tormes.

La priora y Comunidad de Carmelitas descalzas de la Encarnación de esta villa de Alba de Tormes, en cumplimiento de la razón que se nos pide de las cosas notables que han sucedido en este convento, y particular protección de Dios y de nuestra santa Madre Teresa, que hemos experimentado en el tiempo de la dominación francesa, decimos y declaramos con la mayor sinceridad y verdad para honra y gloria de Dios y de nuestra santa Madre (que han sido de las mayores que acaso se han experimentado en todo el reino), y comenzando por casos particulares, decimos y declaramos y certificamos: Que el día 4 de junio del año pasado de 1808, el mismo en que nuestro católico rey el Sr. Fernando el VII fue para la cautividad por el tirano Napoleón que le sacó con astucia y engaño de España (según constará por menor de la historia de la España), viendo la revolución que ya se comenzaba a experimentar en el reino, determinaron los religiosos de nuestro convento de San Juan de la Cruz de Carmelitas descalzos, contiguo a este, hacer una solemne procesión de rogativa por el pueblo, dirigida a implorar la protección del Todopoderoso por medio de la intercesión de nuestra santa Madre y aplacar su divina ira. A este fin, de acuerdo con el Ayuntamiento, pidieron a nuestra Comunidad tuviese a bien fuese el santo Brazo en dicha procesión. Concedido como era justo, y llegándole a sacar del camarín donde se venera, se advirtió el prodigio: de que el relicario de cristal en que se halla metido, estaba cubierto por la parte interior con un género de rocío tan abundante, que en algunas partes llegaba a formar gotas, no habiendo motivo para sospechar fuese alguna humedad que se hubiese introducido, por no tener dicho relicario la más leve hendidura o abertura. Aumentóse más la admiración en las que lo vieron, cuando volviéndole al convento después de la procesión notaron que era más abundante y más grueso el rocío, con ser, como dicho es, el 4 de junio. Este rocío en dicho estado permaneció como dos meses y medio, sin que antes ni después se haya vuelto a ver cosa alguna, aunque se ha mirado con cuidado y reflexión. De todo lo cual fueron testigos la mayor parte de la Comunidad que lo afirman, como también de la moción interior que nos causó.

A consecuencia de este prodigio, y luego que entraron los franceses en este pueblo, que fue en febrero de 1809, comenzamos nosotras a experimentar nuevas y particularísimas providencias del Todopoderoso. Desde luego advertimos que los enemigos miraban con respeto a esta Comunidad, su convento y su templo. Pero donde se dejó ver clara y manifiestamente esta altísima y especialísima providencia de Dios y protección de la Santa fue del día 28 al 29 de noviembre del dicho año, en que se dio en las inmediaciones de esta villa la desgraciada batalla que llaman del Parque. Nuestro ejército derrotado iba en desordenada fuga. Los enemigos victoriosos entraron en el pueblo a las 7 de la noche matando y degollando a cuantos soldados españoles encontraban, que fueron muchos. Comenzó luego un saqueo formidable en la mayor parte de las casas, que duró hasta la mañana. Fueron igualmente saqueados y ocupados de muchísima tropa los conventos de religiosas de Santa Isabel y San Benito. Estas afligidas almas se vieron sin auxilio alguno, y de noche en medio de tantas espadas y bayonetas expuestas a mil peligros. Pero, a pesar de tanta confusión, desorden y

gritería, y aunque nuestro convento está casi en medio del pueblo, cercado de casas y muy próximo a la plaza, nosotras nada oímos, ni nada sufrimos hasta el día siguiente, aunque anduvimos observando lo que sucedía. Por junto al convento por las dos calles que van al puente, pasó sin duda el mayor golpe de tropa, pero ningún soldado tocó ni las puertas de la iglesia ni a la Reglar. O Dios los cegó, o les puso alguna pantalla para que no lo viesan. Parecerá esto increíble en tales circunstancias a quien lo lea; pero el caso fue público y notorio. Con motivo de haber entrado en el pueblo todo el ejército al día siguiente de la batalla, los vecinos se hallaban sin pan y no se encontraba un bocado, como dicen, por un ojo de la cara: nosotras éramos comprendidas en esta suerte, y hallándonos dudosas de lo que haríamos, nos determinamos por último a pasar un recado al comandante de plaza suplicándole diese orden nos trajesen algo: dicho comandante inmediatamente mandó nos llevasen pan, y que fuese con guardias, como se hizo, hasta entregarlo a la portera, haciendo lo mismo cuando se ofrecía carne para las enfermas; y aunque los de la villa carecían de este asilo, a la Comunidad se la daban de la que tenían para la tropa. Esta atención les merecimos en cuantas ocasiones se ofrecieron: de manera que nuestras súplicas las ejecutaban con tanta prontitud y vigilancia, como si fueran mandatos de su emperador.

Habiendo dichos franceses fijado guarnición en esta villa, como en punto para ellos muy interesante, la Comunidad trató de guardar y guardó las reliquias del santo Corazón y Brazo, temiendo no hiciesen alguna irreverencia; pero sabido por ellos, a petición suya se volvieron a poner a pública veneración.

Pasado todo el verano del año 1810, se acercaba la fiesta de la santa Madre: la comunidad se detenía en celebrarla como otras veces, y en que saliese por el pueblo la procesión por temor, cuando pocos días antes nos hallamos con una orden del comandante en que se mandaba dicha procesión, empeñándonos su palabra y protección en orden a la seguridad. Así se hizo: salió la procesión el día de la Santa por la tarde; acompañó la tropa: cuatro o seis soldados escoltaban el santo Brazo, otros tantos la santa Imagen; la demás tropa extendida por la procesión, la que se hizo con grandísimo orden, devoción y solemnidad. Concluida la procesión entraron en la Clausura, para venerar el santo Cuerpo en su camarín, el comandante y varios oficiales, acompañados del señor Vicario y algunos sacerdotes y religiosos de la Orden: estuvieron con gran respeto y reverencia, quitándose los sombreros y arrodillándose, lo que no hacían en ninguno de los templos: nunca permitieron entrar en la Clausura soldado alguno raso, no siendo oficial: esta misma atención respectivamente observaban con nosotras, estando con tanta compostura y moderación en nuestra presencia, que no se les notó acción ni palabra menos arreglada: tanto estos como los demás que entraban, solo iban donde les llevase la Prelada y las religiosas que les acompañaban, por lo que nada vieron de lo interior del convento, aunque entrasen con este fin, sino sólo lo que la Prelada y religiosas tenían por conveniente manifestarles; ellos mismos, después que salían de la Clausura, confesaban a los del pueblo, que no sabían lo que era, pues en entrando se les infundía tal respeto y veneración, que aunque quisieran no podían ir sino a donde las religiosas los llevaban. Prueba evidente de que aquí andaba la poderosa mano de Dios y la particular protección de nuestra santa Madre Teresa, pues así amansaba a unos hombres por otra parte tan fieros y orgullosos, lo que no experimentaban las religiosas de los otros conventos. Buena prueba es de esto el caso siguiente: Poco tiempo después de la batalla del Parque, el general que había en la villa, donde aún permanecía mucha tropa, envió a un oficial para que registrase el convento; éste fue sólo acompañado de D. Francisco Antonio Gimenez, que a la sazón era Alcalde corregidor interino. D. Francisco dio recado a la Madre Tornera, que avisase a la Madre Priora viniese a abrir la puerta a un señor oficial que venía de parte del señor general a registrar el convento: tardaron algo, bramaba y pateaba el oficial; don Francisco estaba temblando, y temiendo algún desmán, procuraba templar al oficial, disculpando a las religiosas: por fin abrieron; entró el oficial con un ceño de Nerón; subió hasta los dormitorios de las religiosas, y lo mismo fue verse arriba, que se quedó como absorto y pasmado, y sin decir, ver, ni preguntar cosa alguna, le dijo a D. Francisco: "Alcalde, vámonos de aquí, vámonos de aquí;" saliéndose con precipitación y acompañándole dicho D. Francisco hasta la casa del general. Testigo de vista de nuestro Padre diferidor, Fr. Cipriano de los Dolores, que fue el que predicó el sermón.

El año 1811, el día 16 de octubre, vino de Salamanca el general Thiebault, donde estaba de gobernador, solo con el objeto de entrar a visitar a la Santa en su camarín, lo que hizo acompañado de la Edecana y varios oficiales, entrando al mismo tiempo un tropel de gentes tanto de la villa como de los que de Salamanca habían venido en su compañía: viendo la Prelada y otras tres religiosas que le acompañaban tal confusión, habiendo llegado al

claustro, se sintió esta animada de tal espíritu y fervor de celo, que arrebatada de él se puso de rodillas delante del general, y con varonil resolución le dijo: "Señor, esto es un desorden, y así quiero hacer a V.E. una súplica: nuestras leyes son muy estrechas, y no podemos permitir esto." Quedóse algo sorprendido el general al ver la Prelada arrodillada a sus pies. Las señoras que iban delante comenzaron a llorar y a gritar: todos se turbaban y se miraban unos a otros, preguntándose ¿qué es esto? El general estuvo parado algún espacio de tiempo, y con mucho modo le respondió a la Prelada: "Diga V., señora, ¿qué es lo que pide? -Lo que pido es, prosiguió la Prelada, que V.E. ponga un decreto para que en lo sucesivo ningún hombre ni mujer entre en la Clausura." A esto contestó el general diciendo: "Señora, su petición de V. es muy justa; lo haré: a saber yo esto, no hubiera entrado; téngame papel y tintero prevenido." Quiso volverse a salir, como también la demás comitiva, pero entonces a nuestro ruego prosiguió adelante. Subió al referido camarín, y en él mostró grande satisfacción y consuelo, haciendo mucha ponderación de todo lo que en él había. Mientras el general se informaba de la urna y otras particularidades, nosotras permanecemos cubiertas con nuestros velos, según nos mandan nuestras constituciones: algunos de los circunstantes nos instaban a que nos levantásemos dichos velos; entendido por el general, preguntó si era aquel instituto nuestro, y respondiéndole que sí, dijo no lo hiciésemos, pues a él lo más ajustado era lo que mejor le parecía. Después de haberse informado bien de lo que había en el camarín, se salió, y sin embargo de haber pasado largo rato, no se olvidó de lo prometido; llegó a la portería, y preguntó por el papel y tintero: administrado éste sobre una mesita, por sí mismo dentro de la clausura extendió el decreto que traducido en nuestro idioma es como sigue: "Se prohíbe expresamente a toda persona (relevando toda orden) entrar en el convento de las Madres Carmelitas de Santa Teresa de la villa de Alba de Tormes bajo cualquier pretexto que pueda ser. - Alba 16 de octubre de 1811. - El general de división, gobernador del Ilmo. Gobierno de España, el barón de Thiebault." Escrito este decreto, le dijo a la Prelada: "Señora, ahí le queda a V. eso, que será para mucha edificación de los fieles, y yo seré el primero que dé ejemplo." Con esto se salió, no volviendo a entrar en la clausura ni él ni otro alguno todo el tiempo que dicho general permaneció en Salamanca de gobernador. El decreto original lo conservamos en el Archivo del convento para perpetua memoria.

El 22 de julio de 1812 fue la batalla de los Arapiles perdida por los franceses, quienes por la noche entraron en este pueblo bien furiosos; hubo bastante saqueo y alboroto; nuestro convento está al paso para la plaza, y por lo mismo temíamos algún rompimiento; pero ello fue que sin pedirlo nosotras y sin saber cosa alguna, un general mandó ponernos guardias, no habiéndolas asignado para sí; este hecho llenó de pasmo, no sólo a los del pueblo, sino a cuantos de él tuvieron noticia, atribuyéndolo todo a la intercesión de nuestra gloriosa Madre santa Teresa de Jesús.

Pasada esta tormenta, gozamos de algún sosiego hasta primeros de noviembre del mismo año, en que esta villa se vio cubierta de tropas de los ejércitos aliados, que venían de retirada desde Burgos. Trataron aquí de defenderse, como lo hicieron por espacio de ocho o nueve días. Para esto, los ejércitos aliados pusieron muchas baterías en las alturas del otro lado del río hacia el Poniente; los franceses hicieron lo mismo entre el Norte y Oriente; de manera que los de la villa quedamos entre dos fuegos. Nosotros teníamos muy enfrente del convento una batería de nuestras tropas. Las Religiosas de San Benito y Santa Isabel abandonaron sus conventos, y muchas de estas últimas se vinieron a refugiar entre nosotras. Abierto el fuego, cayeron muchas balas y granadas en los conventos de las dichas religiosas, que les hicieron mucho estrago. Nosotras mientras tanto no cesábamos de clamar día y noche a nuestra santa Madre perseverando en su camarín, menos un día en que fue mucho más vivo el fuego, que por pasar las balas y granadas zumbando por encima de nosotras, tuvimos que bajarnos a la celda de la Santa. Por fin Dios nos favoreció de manera que en todos los ocho días de fuego de una y otra parte, ni el más leve casco de granada ni bala cayó en nuestro convento, con estar la batalla dicha tan enfrente. Al cabo de los ocho o nueve días de fuego las tropas aliadas volaron el puente, que aunque su estruendo nos asustó, nada nos tocó de la explosión, sin embargo de haber volado por encima del convento una piedra bastante grande que fue a dar a la plaza. El día 3 de dicho mes entraron los franceses, y con la penuria del pan sucedió lo mismo que en la primera batalla. Con motivo de haber quedado en el castillo guarnición española, que les hacía mucho fuego, entraron dos veces en la clausura dos generales y algunos oficiales, subiendo a la media naranja para regular la altura que tenía el castillo; estos se portaron con nosotras con la misma compostura y urbanidad que todos los demás; pero como nosotrasuviésemos más miedo a estos por ser del ejército de Sult, de quienes se decía eran muy desalmados, y por esta causa estábamos sobresaltadas,

conociéndolo ellos, nos dijeron: "Señoras, no tengan Vds. miedo; somos generales y oficiales de honor; no venimos a hacerles daño, sino a favorecerlas en cuanto a Vds. se les ofrezca. Si la tropa se desmanda en algo, avisad." Esta fue la última vez que los franceses entraron en el convento. Como este no les hubiese servido para ninguno de sus fines, pusieron muchos soldados en la torre de San Juan, que está próxima a la nuestra y domina todo el convento: desde ella hacían incesante fuego de día y de noche, al que correspondían los españoles del castillo: las balas todas pasaban por encima de nuestra casa, porque la cogían en medio; mas a pesar de eso, nosotras, enseñadas con tan repetidas pruebas y experiencias, nada temíamos, confiadas en la intercesión de nuestra santa Madre; el oír silbar las balas ya no nos causaba novedad alguna: el Señor y las repetidas experiencias nos infundieron tal valor, que no sólo no salimos de las celdas que estaban más inmediatas a donde se hacía el fuego, que duró cerca de quince días, sino que permanecimos en ellas, y dormíamos en ellas. Y aunque a muchos no les parecía bien, y lo tenían por demasiado arrojado, a nosotras no nos salieron vanas nuestras esperanzas, cumpliéndonos el Señor en todo nuestros deseos, no recibiendo la menor lesión ni el menor daño: tanto en esta ocasión como en todas las dichas, ni la casa, ni nosotras, ni en general, ni en particular (y lo mismo con los vecinos del pueblo, pues a ninguno mataron, ni ultrajaron a ninguna mujer, como ha sucedido en otros pueblos del reino); todo esto ha sido tan público y notorio, que los del pueblo exclamaban: "Está visto; la santa Madre se ha empeñado en guardarse a sí y a sus hijas."

Si se hubiesen de decir todas las particularidades que hemos experimentado, fuera alargarnos mucho. Sólo va puesto lo más esencial, lo más público y notorio, y como tal lo aseguramos, volvemos a asegurar, lo certificamos y firmamos en este nuestro convento de esta villa de Alba y mayo 30 de 1817.

Nota. De esta relación se dio copia pedida por nuestro muy reverendo Padre general Fr. Antonio de la Soledad (hijo de esta provincia de nuestro Padre san Elías), para la historia de la Orden en abril de dicho año.- Francisca Teresa del espíritu Santo, Priora.- Ramona de santa Teresa, Superiora, Clavaria.- Isabel Teresa del espíritu Santo, Clavaria.- Josefa de la Encarnación, Clavaria.- Antonia Josefa de santa Teresa.- María Manuela de san Juan de la Cruz.- María Josefa de santa Marta.- Narcisa de san Antonio. Gertrudis de Jesús María.- Teresa de Jesús, María y José.- María Cayetana de san José.- Josefa María de Gracia.- María Josefa de Jesús.- María Josefa del Corazón de Jesús.- María Isabel de la Concepción.- Clara Francisca del santísimo Sacramento.- Ángela Ramona de Jesús María.

(Es copia).

LA FRANCIA TERESIANA.

Sr. Director de la *Revista Teresiana*.

Ya le dije en mis anteriores cómo la Francia honra a santa Teresa con un amor de predilección: no extrañe V., pues, que hoy le diga que se encuentran varios colegios de señoritas donde el número de educandas es de doscientas a cuatrocientas, consagrándose por secciones: las unas, a la Purísima Concepción; otras, al sagrado Corazón, a la santa Infancia, a san José, y no pocas a santa Teresa de Jesús.

Los lectores de la *Revista Teresiana* desearán penetrar en esos grupos; pasar de uno a otro para conocer su objeto.

Santa curiosidad, que voy a complacer si me es posible.

La Congregación de la *Pura y limpia*, la más numerosa, pues a ella pertenecen todas las niñas, tiene por objeto consagrar cada congregante su futura vocación a la mejor y más solícita de todas Madres, a María Inmaculada, poniendo bajo su poderosa protección y la del Patrono del establecimiento el fruto de sus estudios y labores, ofreciendo a la santísima Virgen sus pequeños trabajos y hasta ciertas privacioncillas que gustosos se imponen para ofrecerlas a la Reina de los Ángeles, como ramilletes de escogidas flores.

La de la Santa Infancia dedica al Niño Jesús los pasos de la vida, pidiendo al divino *Doctorcito* los instruya en los dones de su amor, sana doctrina y ciencias humanas que vienen a aprender.

La Congregación del sagrado Corazón se dedica a orar por Francia y la Iglesia. La de san José ofrece todos sus actos y virtudes por el triunfo de la Iglesia y la libertad del soberano Pontífice.

¿Y la de santa Teresa? ¿Cuál es su objeto? Esto es lo que los lectores de tan piadosa e interesante *Revista* desearán saber con impaciencia.

Helo aquí: 1º Prometer a Jesús, con el auxilio de su divina gracia, la intercesión de su santísima Madre y de su castísima esposa santa Teresa, el no ceder jamás en sus *deberes de mujer cristiana*, sea cual fuere la vocación que la divina Providencia les depare; padeciendo gustosas, si necesario fuese, *el martirio* antes que ceder en lo más mínimo que sea contra su conciencia o de transigir con las vanidades del mundo. 2º Pedir la vuelta a la unidad de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, de las naciones antes universalmente católicas y hoy cismáticas o ateas en mayor o menor parte. 3º Sostener con sus oraciones los *pocos amigos que tiene Jesús*, generosos soldados que combaten generosamente contra *tantos enemigos*.

Admirable Congregación, dirá V., ¿no es verdad? Teresiana en todas sus partes y donde el espíritu de la inspirada Doctora resalta por todos lados.

Esas piadosas Congregaciones, no contentas con eso, ofrecen cada una por el objeto que se proponen, los trabajos y penas del estudio y hasta ciertas privaciones en los postres, mortificaciones en la lengua, etc., etc. Cada niña recibe de su familia pequeñas sumas para sus inocentes diversiones, y son empleadas con la más escrupulosa intervención de las señoras directoras. Y bien, ¿sabe V. en qué se emplean con corta diferencia? En las cuestaciones que cada Congregación hace por su obra y que son destinadas: Las de la *Pura y limpia*, al socorro de las *Madres de familia pobres vergonzantes*; las de la *Santa Infancia*, al de *huérfanas y niños desvalidos*; la del *sagrado Corazón*, a *obras de celo*; la de *San José* al *Dinero de San Pedro*, y la de *santa Teresa*, al socorro de *pobres sacerdotes* y muy principalmente de *pobres misioneros*.

Basta por hoy, señor Director, dejando para otra el contarle cómo santa Teresa es una de las patronas de la *Obra del santo Viático* establecida en gran parte de Francia y de Bélgica.

Me repito de V. afmo. amigo y S.S. in Corde Jesu,

Fr. Narciso, S.S.S.

REVISTA NACIONAL.

Un acto hermosísimo se ha celebrado en nuestra patria con ocasión de la festividad de la purísima Concepción. En medio de la trabajosa crisis que está atravesando, España, la verdadera España, la España católica, ha renovado con actos solemnes su consagración a maría Inmaculada, y ha reiterado la elección que de ella hicieron por patrona del reino nuestros antiguos monarcas.

Las asociaciones católicas, las congregaciones y cofradías, los colegios y casas religiosas, los simples fieles, por fin, han rivalizado en celo para celebrar este acto de nueva consagración, dándole la forma de triduo, novena, octavario, vela perpetua, etc. atendiendo a las diversas circunstancias en que se halla cada provincia, y aun cada localidad.

El pueblo, el verdadero pueblo, hoy como otras veces ha cumplido con su deber, volviendo por la honra de su religión y de su patria.

España es patrimonio de María; España no puede perecer.

Tenemos el pesar profundísimo de comunicar a nuestros lectores dos funestas nuevas: el fallecimiento del Exmo. e Ilmo. señor Obispo de Mallorca, ocurrido en la capital de su diócesis, y el del Exmo. e Ilmo. señor Obispo de la Habana, ocurrido en Roma en la misma celda que antes ocupara siendo religioso capuchino.

La Iglesia española ha perdido dos de sus más ilustres varones; insigne literato el primero, unía a una gran virtud una vastísima instrucción, dejando pruebas de una y otra en los hospitales de sus diócesis, cuyos pobres llorarán eternamente a su Prelado, y en obras que corren en manos de los sabios, siendo por todos admiradas.

El segundo dejará imperecederos recuerdos en todos los que admiraban su entereza verdaderamente evangélica, y su energía en condenar los excesos, cualquiera que fuese la autoridad que los cometiese. La revolución, que no podía perdonarle su valor, le hizo blanco de sus iras, sufriendo constantemente una ruda persecución de los enemigos de la Iglesia en los últimos años de su vida.

Alejado de su diócesis por la fuerza, empleó su actividad en predicar constantemente y en escribir multitud de libros notables que acreditan su saber y su instrucción.

Rogamos a nuestros lectores encomienden a Dios el alma de estos Prelados.

REVISTA EXTRANJERA.

Roma. Su Santidad acaba de publicar una notabilísima encíclica que por su mucha extensión no nos es posible reproducir. En ella, después de hablar de la triste condición en que se halla la Sede pontificia desde la criminal invasión de 1870, deplora una vez más la persecución de las Ordenes religiosas, y condena a los sacrílegos usurpadores del dominio de los Pontífices.

Después habla el Papa de las persecuciones que padece la Iglesia en Suiza, y elogia el celo apostólico de Mons. Mermillod y de monseñor Lachat, obispo de Basilea.

Pasando a hablar de Alemania, la encíclica enumera la serie de atentados cometidos por el gobierno prusiano contra la Iglesia católica. El Papa recuerda a este propósito las cartas que ha escrito al rey Guillermo, y protesta de nuevo contra la acusación de rebeldía que el Emperador ha hecho a los católicos. Su Santidad compara la actitud de los católicos alemanes con la conducta de los Apóstoles y de los primeros mártires, y recordando la naturaleza de las dos potestades, enseña que la Iglesia, lejos de predicar la rebelión, recomienda que se dé al César lo que es del César; pero que es preciso dar a Dios lo que es de Dios. Cúlpense a sí mismos los gobiernos si provocan la resistencia a leyes que son una declaración de guerra a Dios.

El Papa condena las leyes promulgadas en Alemania contra los católicos, anatematiza la secta de los *viejos católicos*, excomulgando *nominatim* a su obispo, Reikens, con todos los que le han elegido y auxiliado en su empresa.

La encíclica, por último, refiere la persecución que hay en algunas regiones de América, y habla de los manejos de la masonería y otras sociedades reprobadas por la Santa Sede.

El Papa recomienda a los obispos que tengan presentes y repitan a sus fieles estas censuras, y concluye invocando la misericordia divina, en la cual confía, para esperar el fin de todos estos males.

- *La Voce della Verità*, periódico romano, brillante y denodado defensor de la Santa Sede, dice que el Padre Santo ha dirigido a madama Muller de Landamann, señora católica y rica de Suiza, una bendición concebida en estos términos:

Die 1 novembris 1873.

Benedicat Deus mulierem fortem, et ridebit in die novissimo. Benedicat filios ejus, et Episcopum hospitio receptum cui ipse Deus contulit et confert gratiam et virtutem.

Esta bendición está escrita de puño y letra del mismo Sumo Pontífice. Se ha concedido a la Sra. Muller en recompensa de la fortaleza y la piedad que ha demostrado al abandonar su propia casa para cederla a Mons. Lachat, obispo de Basilea, arrojado de su diócesis por el Gobierno perseguidor de Suiza.

La Sra. Muller, por su caridad, ha tenido la dicha de que el mismo Vicario de Jesucristo la compare con la mujer fuerte, y la bendiga a ella y a sus hijos. ¡Dichosa la casa sobre la cual recae tan santa bendición! ¡Dichosa una y mil veces la señora suiza que imita a las señoras romanas que en los primeros siglos del Cristianismo cedían sus casas y palacios a los mártires y confesores!

-Al recibir el día 8 del actual a un gran número de señoras romanas y extranjeras, el Papa pronunció un discurso encargando a las madres que procurasen tener prevenidos a sus hijos contra las seducciones revolucionarias, causa de todas sus tribulaciones. Deploró que no hubiese llegado todavía la paz. La Iglesia y el mundo sienten todavía los rigores de la justicia divina.

Luego les encargó rogasen a María, canal de la gracia, para que la luz suceda a las tinieblas, y el reposo a los trastornos políticos. Por último, dijo que para obtener el fin de las presentes calamidades es preciso juntar las buenas obras a las oraciones.

Francia. Monseñor Plantier, obispo de Nîmes, ha publicado una pastoral sobre el cesarismo moderno, dirigida especialmente contra los gobiernos alemán, italiano, y suizo. Dice que los monarcas paganos eran pontífices, y dice que sus modernos sucesores usurpaban el derecho de definir el dogma y la ley moral, de conferir y retirar la jurisdicción eclesiástica y de dirigir la educación. Monseñor Plantier les acusa, además, de negar justicia a los católicos y de agravar su conducta, olvidando que la sociedad todo lo debe a la Iglesia. “Alegan, añade, engañosos pretextos, y los protestantes aspiran absurdamente a arreglar la Iglesia católica.” “Tengamos paciencia, termina diciendo monseñor Plantier, que pronto sonará la hora providencial. Mostrémonos orgullosos de la gloria de los Mártires, aumentada por los golpes de sus perseguidores.”

Alemania. Prosiguen las persecuciones religiosas en aquel imperio. El tirano no se encuentra satisfecho. Los Obispos de Paderborn y de Tréveris acaban de ser condenados a fuertes multas por el ejercicio de su jurisdicción. También el Arzobispo de Posen ha sido condenado de nuevo. EL emperador Guillermo, sin embargo, debiera pensar que se halla muy cerca del sepulcro, según aseguran los periódicos no asalariados de Alemania.

-Alentados los católicos alemanes por el éxito que han obtenido en las elecciones del Parlamento prusiano, se preparan con gran entusiasmo para las próximas del Parlamento alemán.

Inglaterra. El 27 de octubre último estuvo el Arzobispo católico inglés Dr. Manning pronunciando una peroración entre moral y religiosa, al pie de la columna de Nelson, en Trafalgar Square, en Londres, a una multitud de católicos irlandeses reunidos allí. Era la primera vez que se efectuaba en aquella capital una aparición nocturna de un obispo entre masa de pueblo, y en el sitio que se reúne a aquellas horas la parte *non sancta* de ambos sexos.

Suiza. La cuestión religiosa va tomando un aspecto bastante grave en Suiza. El Gobierno se obstina en no retroceder, y el pueblo, el pueblo entero parece decidido a dejarlo en el más completo aislamiento.

El Obispo de Basilea, desterrado de su diócesis, se ve rodeado constantemente por una inmensa multitud que, al aclamarlo, protesta naturalmente contra sus sacrílegos perseguidores.

El clero suizo, todo entero, se ha puesto al lado de sus Obispos, y con abnegación admirable rechaza todas las seducciones y desprecia todas las amenazas del Gobierno. Los fieles, en su mayoría, si no en su totalidad, desdeñan al Gobierno y a sus hechuras o satélites, y alejándose con horror de los antros de los apóstatas, se acercan cada vez más a las iglesias.

GRACIAS

que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos.

El triunfo de la Iglesia, la paz del mundo y de nuestra pobre España.- Las jóvenes católicas en España, Hijas de maría Inmaculada y Teresa de Jesús.- La conversión y cristiana muerte de varias personas.- Los obispos y sacerdotes españoles.- Un negocio de interés.- La educación cristiana de los niños.- Una vocación religiosa.- Los seminarios conciliares en

España. Una comunidad religiosa. – El retorno de los herejes y cismáticos a la Iglesia católica.-
 Propagación de la devoción más querida al Corazón agonizante de Jesús de Teresa.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

socorriendo con oraciones y limosnas al romano pontífice cautivo y pobre.

Suma anterior Rs 891'10

Murcia	Un devoto de santa Teresa de Jesús Una devota de santa Teresa de Jesús	28 4
Palencia	N.B.G.	4
Manlleu	Un devoto y admirador de la virtud y gracia de santa Teresa de Jesús	2
Reus	P.C.	8
Castellón	J .J.	1'50
Egea de Cornago	Manuel María Arrendó	20
Huesca	Una suscriptora	20
Lagartera	Ceferino Mórquelo	4
	Juan Encina, en obsequio de santa Paciana, hija de esta diócesis, y para que la seráfica doctora santa Teresa de Jesús se digne ser nuestra protectora, y también le pedimos la paz de la Iglesia	40
Lerma	Comunidad de las Carmelitas descalzas de la Encarnación P. confesor de id.	12 8
Jaca	Pascual Ara, Pbro.	4
Burgos	Un sacerdote	7
Salamanca	Fernando Ramos, beneficiado de la Catedral	4
Toledo	María Díaz Maroto	4
Zaragoza	Santa Teresa, guarda a tus hijas y aumenta las jóvenes católicas	4
Palma de Falset	Tres devotas de santa Teresa de Jesús que piden por la paz del mundo	122
Tivisa	D. Jaime Alevany, farmacéutico, y su esposa D ^a . Rosa Prats, ruegan a la sagrada Familia interceda con Dios para que abrevie los días de amargura del gran Pontífice y de la Iglesia católica	80
	Suma	Rs. 1,267'60

(Sigue abierta la suscripción)